

ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

-Fiesta cristiana del trabajo, el 1 de mayo.....	109
-Encrucijada política, el 8 de mayo.....	111
-"Yo os daré otro Paráclito", el 15 de mayo.....	112
-¿Cómo lo haríamos mejor?, el 22 de mayo.....	114
-La caridad en la comunidad cristiana, el 29 de mayo.....	115

II. Homilias

-San Juan de Ávila, el 5 de mayo.....	117
-Corpus Christi en Rito Hispano-Mozárabe, el 25 de mayo.....	119
-Alocución en la Plaza de Zocodover, el 25 de mayo.....	121

Secretaría general

I. Decretos

-Reconocimiento del Instituto Secular de derecho diocesano "Cor Iesu"	125
-Aprobación de Estatutos:	

-Cofradía del Santísimo Sacramento de Quintanar de la Orden.....	126
--	-----

<i>II. Nombramientos.....</i>	127
-------------------------------	-----

III. Visita Pastoral

-Arciprestazgo de Mora.....	127
-----------------------------	-----

Año CLXX - Núm. 5

Mayo 2016

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

FIESTA CRISTIANA DEL TRABAJO

Escrito dominical, el 1 de mayo

La fiesta del 1 de mayo nació con un sentido reivindicativo; ese sentido se mantiene hoy día, aunque las manifestaciones y expresiones de reivindicación sean diferentes. ¿Es el 1 de mayo una fiesta cristiana? Sin duda, independientemente de que ese día se celebra desde mucho antes de que en 1955 el Papa Pío XII introdujera en el calendario litúrgico la memoria de san José Obrero. Recuerdo que en Madrid, en una de las parroquias en las que fui cura, apareció el 1 de mayo una pintada que decía: «Cura: esta no es tu fiesta». La verdad es que yo trabajaba mucho entonces; por ello me pregunte cuál sería la razón de esa negativa a que no participara de esa fiesta. Barrunto que apuntaba hacia la idea de que los sacerdotes no tenemos preocupación por el trabajo o los trabajadores en paro laboral; o tal vez que no tenemos en cuenta la frustración de no poder trabajar o de hacerlo con salarios bajos, precarios que ahogan el futuro; y seguro también por esa opinión sostenida de que los «curas trabajan poco».

No es verdad que a los que formamos la Iglesia, curas o fieles laicos, no nos preocupen la situación de tantos hombres y mujeres trabajadores, o la seguridad en el trabajo que produce tantos accidentes laborales; o que nos tenga sin cuidado la gente en paro o la precariedad en el trabajo, y el sufrimiento que esto comporta. En la programación pastoral de este curso 2015-2016, de muchos modos instamos a conocer el contenido de la doctrina social de la Iglesia y el Compendio de esta doctrina y la necesidad de preocuparnos por el aspecto social de la fe, que tiene que ver con la caridad, virtud fundamental. Si un católico olvidara lo que supone el trabajo o la injusticia

social, el consumismo o el egoísmo individual y social que no tiene en cuenta a los parados, sobre todo los de larga duración y sin ayudas sociales, sería un mal católico.

Yo no pretendo dar recetas ni lecciones aprovechando el 1 de mayo. Sólo digo que en el Día Mundial del Trabajo todos debemos reconocer la dignidad del trabajo humano y del trabajador, como lo describió el Vaticano II, al decir que los trabajadores «prolongan la obra del Creador y son útiles para sus hermanos». De modo que desempleo, precariedad de las condiciones laborales, trabajos cada vez más reducidos o sin derechos sociales, horarios que imposibilitan la vida personal, familiar y social no son «músicas celestiales», sino realidades que padecen personas concretas. Son nuestras preocupaciones en este momento, son preocupaciones de la Iglesia, curas o no curas. «La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores son afectados, es necesaria una voz profética», dice el Papa Francisco en «La alegría del Evangelio», n. 218. Es necesario que el trabajo sea decente, reclamaban Benedicto XVI y san Juan Pablo II. Sus encíclicas sociales están ahí.

Si en «Caritas in Veritate», el Papa Benedicto alentaba para que las estructuras de pecado y de insensibilidad pasen a ser de fraternidad y de bien común, ¿no desearemos colaborar a que se genere un cambio de mentalidad en nuestra sociedad, en la que hay tantos católicos? Pero hacen falta hechos, no promesas vanas, como nos tienen acostumbrados nuestros políticos, principales responsables de ese bien común. Es evidente que «el actual sistema económico produce diversas formas de exclusión social. Las familias sufren en particular los problemas relativos al trabajo. Las posibilidades para los jóvenes son pocas y la oferta de trabajo es muy selectiva y precaria» (Papa Francisco, *La alegría del amor*, 44).

No quisiera terminar sin apuntar a una herida que no se cierra: la peligrosidad laboral y los accidentes de trabajo, que continúan aumentando. Sólo en 2015 murieron 608 trabajadores. Aquí hay indicios de una situación poco alentadora, que genera dolor y desamparo. He descrito algunos de los sufrimientos que producen la precariedad laboral y la marginación social. Seguro que conocéis parados que no saben a dónde dirigirse. Me gustaría acercarme a tantos de ellos, que junto a nosotros pasan estos procesos y sufrimientos. A veces no hace falta acercarse: están entre nosotros, en nuestra propia familia. Os invito a orar a san José, que ayudó a Cristo a aprender un trabajo manual; ellos nos lleven a cambiar la mente y el corazón

ENCRUCIJADA POLÍTICA

Escrito dominical, el 8 de mayo

Como una gran mayoría de españoles, me encuentro perplejo ante la situación de partidos políticos que son incapaces de ponerse de acuerdo para que exista un gobierno en España. Busco luz en el Concilio Vaticano II y leo: «La misión propia que Cristo confió a la Iglesia no es de orden político, económico o social, pues el fin que le asignó es de orden religioso» (GS, 42). Yo no soy la Iglesia, soy un Obispo católico, pero puedo como otros españoles decir una palabra sobre las especiales circunstancias políticas que está viviendo nuestro pueblo. Aunque con sus matices. Entiendo antes de nada que de mi misión religiosa fluyen tareas, luz y fuerzas que pueden servir para constituir y fortalecer la comunidad de hombres y mujeres en la que vivo.

Lo primero que habría que subrayar es la necesidad de que en el actual dinamismo social de España todo camine hacia una unidad básica, en un proceso de una sana socialización y asociación civil y religiosa. Por esta razón, la falta de diálogo y generosidad entre partidos políticos es preocupante, como las exclusiones en la comunicación. Las descalificaciones personales nunca son razones. Y el riesgo de escisión y confrontación de la sociedad española es muy grave, siendo una parte descalificada por la otra. ¿Volveremos a reclamar la injusticia de exigir para una de ellas la verdad de España, negándosela a la otra, como si ésta no existiera, no perteneciera a la única historia?

Ciertamente, en virtud de su misión y naturaleza, la Iglesia Católica «no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico o social» (GS, 42). Por ello, yo, que no pertenezco a la sociedad política, sí veo como parte de la sociedad civil que debo animar y aconsejar a nuestros políticos a superar sus desavenencias, que nos hacen daño. Nada deseo más que se desarrolle libremente el bien común, para que puedan reconocerse los derechos fundamentales de la familia y de los individuos. Si se remueven hasta los cimientos de nuestra convivencia como pueblo, ¿cómo no sentir desconcierto? Pienso que la Constitución Española, aunque no sea perfecta y sí perfectible, debe garantizar nuestra convivencia, a pesar de las diferencias lógicas entre unos y otros.

También creo importante, como ha señalado el Presidente de la Conferencia Episcopal en su discurso de apertura de la CVII Asamblea Plenaria (18-04-2016), indicar que nuestro marco más amplio como pueblo es Europa. Tal vez faltan en el viejo Continente confianza en el futuro, generosidad y magnanimidad, porque se confió demasiado en los aspectos económicos, técnicos y de bienestar, como han mostrado los muros levantados frente a la llamada apremiante y dramática

de los refugiados. Pero Europa no fue así y se puede pedir a la sociedad europea una mayor solidaridad, signo de nuestra verdadera tradición y raíces humanistas y cristianas, tan olvidadas, que nos hacen recordar las palabras de Juan Pablo II en Compostela en 1982: «Vieja Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma». El respeto mutuo, la libertad, la defensa de todo ser humano se asienta en la persona con su dignidad inviolable e innata.

En este contexto recuerdo también palabras que ahora tienen más de 50 años: «Este Concilio Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, no se le impida que actúa conforme a ella, pública y privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites» (Declaración conciliar *Dignitatis humanae*, n. 2, 7-12-1965).

Eso significa, por ejemplo, que la Iglesia no aspira en España a ser privilegiada ni a ser preterida o excluida. Se siente en el derecho de reclamar la libertad religiosa y de enseñanza y este mismo derecho quiere compartirlo con las demás confesiones cristianas, con otras religiones y con quienes no se reconocen en ninguna religión. Cito al Cardenal Blázquez: «La aconfesionalidad significa que el Estado no profesa ninguna confesión religiosa para que todos se puedan sentir igualmente libres e igualmente respetados, garantizando una sociedad plural en lo religioso. El Estado es aconfesional, y los ciudadanos seremos lo que creamos conveniente».

Acabo con palabras del Papa Francisco: «Un sano pluralismo no implica una privatización de las religiones, con la pretensión de reducir las al silencio y a la marginalidad de los recintos cerrados de los templos, sinagogas o mezcitas». En este ámbito nos movemos pacíficamente como católicos y como ciudadanos.

“YO OS DARÉ OTRO PARÁCLITO”

Escrito dominical, el 15 de mayo

Son palabras de Jesús, que suponen para nosotros gran esperanza y confianza. La invocación de la Iglesia: “Ven Espíritu Santo” es, en este día de Pentecostés, sencilla, inmediata y profunda. El Espíritu Santo en efecto es el don que Jesús pidió y pide continuamente al Padre para sus amigos; es el primer y principal don que nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión del cielo.

Pero esta petición de Cristo al Padre en la última Cena, para que venga el Espíritu Santo, coincide con la donación total de Jesús en la cruz; de modo que

invocación y donación del Espíritu Santo se convierten en una única realidad: “Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con nosotros para siempre”. ¡Qué grande esa petición e invocación de Jesús, que continúa hoy por nosotros! Cristo sigue, pues, ejerciendo su sacerdocio de intercesión en favor del Pueblo de Dios y de la humanidad. Quiere esto decir: Jesús reza por nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo. ¿Tanta importancia tiene el Espíritu Paráclito? Sí, porque es Abogado, Defensor, Testigo de Cristo en nosotros, el que nos hace conocer a Jesús. Expliquemos un poco.

Donde hay laceraciones y divisiones (y hay muchas en la sociedad y entre los cristianos) el Espíritu crea unidad y comprensión, que necesita la familia humana, tantas veces en conflicto. La unidad que trae la obra salvadora de Jesucristo se convierte así en la “tarjeta de visita” de la Iglesia. Pentecostés quiere decir que todas las lenguas son habladas en la Iglesia. Hemos de tener muy claro que la Iglesia universal precede a las Iglesia particulares o Diócesis. Nosotros como Iglesia de Toledo debemos siempre conformarnos a la Iglesia Universal, según un criterio de unidad y universalidad. Por eso, la Iglesia nunca llega a ser prisionera de fronteras políticas, raciales y culturales; no se puede confundir con los Estados ni tampoco con Federaciones de Estados, porque su unidad es de otro tipo.

Pero la unidad creada por el Espíritu Santo no es una especie de igualitarismo, tipo Babel, es decir, la imposición de una cultura de unidad de tipo técnica o tecnócrata. No, la Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. En todas partes la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego, llama que desciende sobre los discípulos reunidos. Se realiza así lo que Jesús dijo: “He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendida!” (Lc 12, 49). ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de cada época, que dejan detrás de sí tierra quemada. Esta es una llama que arde sin quemar, pero que no destruya. Dice Orígenes, poniendo estas palabras en boca de Jesús: “Quien está cerca de mí está cerca del fuego” (Homilía sobre Jeremías 1,I). Jesús, por el Espíritu que es fuego, realiza en nosotros una transformación y consume en el hombre lo que corrompe y obstaculiza sus relaciones con Dios y con el prójimo. Siempre necesitamos que Jesús nos diga, como a Pedro: “No tengáis miedo”.

Vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. No vale sólo creer en Dios y admirar la figura de Jesucristo, si luego nos echamos atrás temiendo las exigencias prácticas de la fe. ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor!

¿CÓMO LO HARÍAMOS MEJOR?

Escrito dominical, el 22 de mayo

Me refiero a armonizar mejor la alegría que experimentan los niños que, habiendo preparado su iniciación al domingo y a la Santa Misa, celebran “su Primera Comunión”, en la que no suele faltar “una fiesta especial”, con un banquete y algunos regalos. Nada tengo contra esa fiesta, para que el día de la Primera Comunión sea un día diferente, precisamente por haber la niña o el niño adelantado en el proceso de Iniciación Cristiana, en el que se reciben el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Son los sacramentos pascales y fundamentales para el ser cristiano. A poco que los niños comprendan qué cosa tan grande es encontrarse con Jesús Sacramentado y poder recibirle bajo las especies de pan y de vino, como los cristianos mayores incluidos sus padres, ¡cómo no van a sentir alegría!

Pero ahora se lleva mucho los de organizar eventos, también para las Primeras Comuniones, en lo que se incluye todo, pero poco del acontecimiento que está viviendo el niño o la niña. Por casualidad vi en una televisión regional un programita donde algunas mamás eran solicitadas a asistir con su niña o niño a preparar “todo el evento”. Lo más curioso es que madre e hijo eran persuadidos a buscar “lo el niño o la niña más le guste”, porque es “su fiesta”: menú, regalos, traje de Primera Comunión y otros detalles. Por supuesto, en el programa en cuestión para nada se aludió a lo que significa la fiesta de ese día, ni tampoco se mencionó para nada algo que se refiriera de lejos la sobriedad, el amor a los pobres, la situación de papás sin trabajo que no pueden ofrecer a sus hijo nada de eso.

Tengo que decir que me sentí triste, porque el esfuerzo de muchos padres, de muchos catequistas, de sacerdotes y otros docentes, para una buena iniciación a la Eucaristía y al domingo, se viene abajo con esa comprensión de “la comunión” de éste o de aquella niña que vi en ese programa. No es una buena dirección por la que caminamos; no es la que quiere el Señor. Repito: entiendo que sea un día especial para el chaval o la niña que se acerca a participar por primera vez en la Eucaristía; entiendo la fiesta, el salir de la rutina del cada día. Pero eso es otra cosa.

Tal vez no entiendan mi reflexión hosteleros, casas donde se compran cuanto necesiten los padres para la ocasión, incluso los que organizan los “eventos” que estoy comentando. Lo sentiría, pues en absoluto rechazo los esfuerzos profesionales por ofrecer su servicio a los padres y a los niños de Primera Comunión. Pero toda educación es muy delicada y también lo es

la educación en la fe y la coherencia de ese tiempo en el que los niños, se entiende de padres “cristianos”, se inician a la fe cristiana. Este proceso no consta únicamente de aprender cosas, de cumplir con asistir a unas sesiones de catequesis porque no hay más remedio (¡qué pesados se ponen ahora los curas!). Es algo mucho más serio.

En el caso de la iniciación al domingo y a la Misa dominical, se trata de transmitir a los niños, primero el despertar a la fe, iniciar a la oración, si en casa no lo hacen, a la vivencia de la celebración y a la liturgia, a la fraternidad y la caridad, a fijarse cómo vivió Jesús. Por supuesto que esa preparación es también un contenido de fe, una doctrina apropiada a su edad, una enseñanza de las fórmulas de fe y oraciones que la tradición cristiana enseña a los hijos de la Iglesia. Todo para conocer mejor a Jesús como Alguien vivo que nos acompaña con su Espíritu Santo y que los niños se sientan miembros de esa Comunidad de Jesús que llamamos la Iglesia. Por eso no aceptamos, salvo en excepciones muy grandes, que un niño haga su Primera Comunión solo, sin otros niños.

Siento en estos momentos la alegría y la paz experimentada en una Confirmación y Primera Comunión de un niño de apenas 6 años, Carlitos, que, enfermo, sus padres me pidieron que su hijo pudiera terminar la Iniciación Cristiana celebrando con ellos, sus otros hijos, sus amigos y toda la familia más cercana, la Eucaristía. Carlos pudo así recibir a Jesús y antes la fuerza del Espíritu Santo para adentrarse en el misterio de Jesús el Salvador, que nos ama ardientemente. Este niño apenas un mes después murió, pero estoy seguro que sus ganas de recibir a Jesús se han hecho eternas. Beso cada día su recordatorio de Primera Comunión y el regalito que nos dio a los que participamos de esa celebración. También aquí aconteció un evento, con una fiesta preciosa. Ruego al Señor que Carlitos pida por sus padres, sus hermanos, su familia, por todos nosotros.

LA CARIDAD EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

Escrito dominical, el 29 de mayo

“Tú ves a la Trinidad cuando tú ves la caridad”, se atrevió a escribir san Agustín. Pero la aguda frase del santo africano, Padre de la Iglesia, indica qué es el amor de Cristo, hacia dónde nos encamina en nuestro obrar de cada día. El mismo san Agustín dice también que el amor de Dios es el primero en la intención, pero el amor al prójimo es *el primero en la acción*. Si no hemos descubierto este pensamiento cristiano, no lograremos que nuestro comportamiento sea diferente, tanto con relación al bien y al mal como al comportamiento puramente filantrópico y aún solidario.

Lo dicho anteriormente explica que la Iglesia y sus comunidades diocesanas (parroquias, movimientos y asociaciones católicas, e igualmente instituciones eclesiales como Cáritas, Manos Unidas y otras muchas) nos sean ONGs, cuya existencia es buena y beneficiosa, pero son “otra cosa” sin duda valiosa. Hablaré hoy de Cáritas, o de la acción caritativa de los católicos que, por el mero hecho de ser una comunidad cristiana, han de vivir el amor de Cristo a los demás, sobre todo a los más pobres y viven en la miseria.

¿Cuál es la diferencia? Digamos algunas. Por ejemplo, cuando alguien se encuentra con Cristo y es cristiano por la gracia de la vida nueva que recibimos en la Iniciación cristiana y sus sacramentos, rápidamente cae en la cuenta de que su actuación moral debe cambiar y salir de sí mismo para encontrar a los demás como hermanos. Es aquello del dicho de Jesús: “Hay más alegría en dar que en recibir”, o aquel otro: “no ha venido a ser servido sino a servir”, y aun este otro: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. No se trata de un “moralismo”, sino de moral cristiana.

Ciertamente es la presencia de Jesús, el Hijo del Dios Bendito que, al encarnarse, se une a todo hombre y mujer. Por eso se dice, cuando queremos trabajar en cualquier campo del apostolado de la Iglesia, sea pastoral obrera, con jóvenes, con matrimonios, con refugiados o inmigrantes, aunque no sean cristianos, que “antes de ir nosotros a ellos, ya el Señor ha llegado”. Vamos a los pobres, porque allí está Cristo pobre.

Esa es la tarea y la acción beneficiosa de Cáritas que da cuenta en estos días de la Memoria de sus actividades, de sus programas, de dónde gasta el dinero de sus proyectos y campañas: en los más pobres. Y les aseguro que cuando los voluntarios de Caritas –y todos podemos serlo- se ponen a trabajar, ¡cuánto amor, imaginación e iniciativas aparecen! Decimos con esto que la vida humana puede ser vivida de otro modo y el mundo puede cambiar. Lo sé si lo van a cambiar los gobiernos y cuantos son poderosos en este mundo. Lo deben hacer, es su obligación, pero si desplegamos la capacidad de amar que nos da Cristo, el rostro humano cambia, la humanidad es mejor y, lo que es más importante, la dignidad de las personas se respeta y no se desprecia.

Es muy de agradecer cuanto en nuestro mundo existe de solidaridad, de acercamiento a la realidad de tanta gente en nuestra sociedad. Ahí están tantas acciones buenas que la gente lleva a cabo con los que más sufren o están abandonado. Yo quiero agradecer todo este mundo de ayuda humanitaria. Pero quiero agradecer en este día a los voluntarios de Cáritas y todos sus esfuerzos. Es el de la comunidad cristiana concreta, de los que ayudan en tantas parroquias para que no se olvide la presencia de Cristo, el buen samaritano. Sin la acción caritativa de la Iglesia, ésta no sería la Iglesia que fundó Jesucristo.

II. HOMILÍAS

SAN JUAN DE ÁVILA

Santa Misa en el Seminario Mayor, el 5 de mayo

Mis queridos hermanos sacerdotes. Mis hermanos Obispos y yo os saludamos y nos alegramos de celebrar con vosotros a san Juan de Ávila, el Maestro de sacerdotes. Oramos por vosotros y damos gracias de manera especial por los que celebráis este año 25 o 50 años de sacerdocio. ¿Habéis olvidado cómo fue aquel día? Sin duda que no, porque el sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio, como aquellos que la sociedad necesita para que puedan cumplirse en ella ciertas funciones. No: el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida.

Además, sobre las ofrendas de pan y vino pronuncia las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que le hacen presente a Él, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre, transformando así los elementos del mundo, y que abren el mundo a Dios y lo unen a Él. Sabemos que Cristo se vale de nuestras limitaciones para estar presente, a través nuestro, entre los hombres y mujeres y actuar en su favor. Él conoce, sin duda, nuestras limitaciones, pero nos considera capaces de actuar y presentarse en su lugar; esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra “sacerdocio”.

Quisiera despertar en nosotros, hermanos sacerdotes, hermanos obispos, la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad día tras día. No es fácil una fidelidad día tras día: tampoco lo es la transformación que cada uno de nosotros ha de experimentar para seguir a Cristo de manera madura. Muchos hermanos sacerdotes se cansan o no encuentran nuevos alicientes. Los más avanzados en edad porque poco a poco desaparece el vigor físico para emprender nuevas cosas; los más jóvenes porque el espíritu del mundo consumista y otras influencia se mete por muchas rendijas que el alma tiene. Y porque caminos más fáciles o más vistosos nos rodean, o la fuerza de la cultura dominante nos debilita, muchas veces replegándonos en nuestro mundo clerical, y no queremos mucho salir a buscar.

Pero a más jóvenes o a más mayores, o a los que estáis en la media edad en vuestro itinerario ministerial, a todos nos atañe una tarea ineludible: enseñar

de nuevo a los jóvenes y adolescentes que esta vocación, esta comunión de servicio por Cristo y en Cristo, existe; más aún, que Dios está esperando su “sí”. Hay que buscar a estos jóvenes y adolescentes. Hay que “perder mucho tiempo” con ellos, hacer un seguimiento de éste o aquél, y proponer la vocación de modo concreto y a partir de nuestra experiencia gozosa; también a partir del ejemplo de nuestras personas, no para que nos sigan a nosotros, sino a Cristo en su Iglesia.

Pero toda esta empresa no se puede llevar a cabo, si faltan en nuestras parroquias cualquier tipo de grupo cristiano joven. Veo un desinterés creciente por la pastoral familiar y juvenil, que tenga además sentido diocesano, como si cada uno fuera a su manera. Es curioso: cualquier convocatoria que se haga, que nos lleve a salir de nuestro mundo parroquial, arciprestal o grupal, cae en el olvido. Nos faltan monaguillos, chavales, jóvenes de muchas parroquias, en tantas convocatorias. Y el problema mayor no es faltan, sino que no se echen en falta. También es urgente el acompañamiento a los esposos, los que han de crear familia, tener hijos y educarlos en ese ámbito irremplazable. Esposos e hijos han de ser ayudados con un discernimiento exigente, pero con una cercanía imprescindible, como no se cansa de repetir el papa Francisco en “La alegría del amor”, exhortación apostólica postsinodal.

Y es preciso decir que los curas jóvenes, aunque no sólo ellos, han de implicarse más en este apostolado. Cada vez será más difícil ser cristiano católico joven, porque no saben a dónde mirar. Los que somos más mayores, los que hoy, por ejemplo, celebráis 50 años de presbíteros, no estamos exentos de esta tarea. Pero verdad es que reconocemos vuestra entrega, que debe ser imitada por los sacerdotes más jóvenes.

Queridos hermanos sacerdotes: para nosotros, en bodas de oro, de plata o en cualquier aniversario de ordenación, lo más importante radica en la transformación interior de hombres que han escogido seguir a Cristo. La ausencia de presbíteros es de temer, pero lo peor reside en nuestra vida a menudo demasiado agitada, no por hacer mucho pastoralmente, sino por tener poco tiempo para Dios en la oración, en la soledad sonora con Él en el estudio o en la “lectio divina”. San Juan de la Cruz nos exhorta a mantener nuestra oración, para prevenirnos contar el activismo, y también el ideológico eclesialístico o el político, que no produce nada consistente. Dice el santo carmelita: “Que reflexionen los que se entregan a una actividad sin medida, que se imaginan que quieren englobar el mundo en sus predicaciones y sus obras exteriores. Serían mucho más útiles a la Iglesia y agradarían más a Dios –sin hablar del buen ejemplo que darían-, si se emplearan a estar delante de Dios en oración la mitad del tiempo que consagran a la actividad... Seguramente harían mucho más, y a menos coste... Sin ella (la oración), todo se reduce a dar golpes de martillo, para no producir poco más o menos que

nada, o absolutamente nada, y en ocasiones más mal que bien” (San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*).

Estas palabras me las dirijo ante todo a mí mismo. Pero es verdad que necesitamos estar llenos de Cristo para poder llevar su misericordia y vencer qué bueno es el Señor para la vida, la nuestra y la de los que se nos han encomendado. Necesitamos un plus de gracia del Espíritu Santo para afrontar en nuestras comunidades cristianas ideologías y formas de vida que no llevan a Dios; necesitamos paciencia y creatividad para acompañar a jóvenes y mayores a caer en la cuenta de la ideología de género, que son mentiras ideológicas, que ya Juan Pablo II no dudó en llamar “nueva ideología del mal”, más insidiosa y más oculta, pues en su último libro (*Memoria e identidad*) escribe: “Pienso en las fuertes presiones del Parlamento europeo para que sean reconocidas las uniones homosexuales como una forma alternativa de familia, a la cual pertenecería también el derecho de adoptar”.

He aquí una nueva “filosofía” de la sexualidad. El sexo, según ella, no es un dato de origen de la naturaleza, un dato que el ser humano debe aceptar y llenar personalmente de sentido, sino un rol social del que se decide de manera autónoma, cuando hasta ahora era la sociedad la que decidía sobre ella. La cercanía, el acompañamiento diríamos hoy, que san Pablo muestra con Áquila y Priscila, marido y mujer, no sólo permitió una actividad misionera magnífica, sino una capacidad nueva de anuncio de Jesucristo y su misterio con este matrimonio tan emprendedor, a los que se une Crispo, el jefe de la sinagoga de Corinto, con toda su familia.

La presencia de Cristo en nuestras vidas, hermanos sacerdotes, es fundamental. Podemos encontrar, en ocasiones, dificultades, oscuridades o complejidades, incluso tristezas. Pero “vuestra tristeza se convertirá en alegría”. Son las palabras consoladoras de Jesucristo, sin duda para la vida eterna, pero también para esta vida, en la que por los sacramentos pascuales hemos conocido a Cristo, el que nos ha llamado a participar de su sacerdocio para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia. La Virgen, Madre de los sacerdotes, interceda por nosotros, pues es Virgen poderosa ante su Hijo. Amén.

CORPUS CHRISTI EN RITO HISPANO-MOZÁRABE

S. I. Catedral Primada, 25 de mayo

En el Evangelio de san Lucas leemos un curioso relato al descubrir los últimos pasos de Jesús en la víspera de su Pasión. Los Apóstoles, por mandato del Señor, habrían preparado el banquete pascual que, por medio de su siervo Moisés, ordenó Dios (cfr. Ex 12, 1ss): “Y cuando llegó la hora –que

estaba señalada para comer la Pascua judía— se sentó a la mesa, y los Apóstoles con Él”. Y les dijo: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la voy a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios “ (Lc 22, 14-16).

El Jueves Santo recordamos cómo el Señor comió la última pascua judía, antes de entrar en su pasión, y le sirvió de ocasión para hablar a sus discípulos de un futuro banquete en el reino de Dios, que naturalmente, había de durar para siempre. Porque en el reino de Dios no hay nada perecedero, nada transitorio. Todo es presencia, una presencia de duración eternamente presente. Son verdad, pues, esas palabras de Jesús que hemos escuchado: “El que come este pan vivirá eternamente” (Jn 6, 58).

Eternamente se sentará el Señor con sus discípulos a la mesa; eternamente celebrará con ellos banquete: realidad consumada y duradera de lo que en el banquete terreno de la Pascua israelita estaba prefigurado entre sombras. Eternamente escanciará Cristo la copa a sus leales, a quienes quieran ser sus comensales. El Evangelio y la Eucaristía que nos dejó el Señor no son un eslogan.

Sin duda que el Evangelio y la Eucaristía tienen que ver también con nuestra acción en orden a aplacar el sufrimiento de los hombres, trabajando humildemente en ello, y con profundo respeto por los pobres, como nos enseñó Cristo. Pero hablamos de los pobres, a los que Cristo llamó bienaventurados. Dios quiere librar con nuestro esfuerzo a los pobres de su miseria, aunque sabemos que la pobreza es un valor bíblico. Es más: Jesús se hizo pobre para enriquecernos con su riqueza. ¿Tenemos o no que luchar por la pobreza cero, como pedimos a nuestros políticos u organizaciones sociales?

La Iglesia, dice constantemente, el Papa Francisco, no es una ONG; no debe combatir contra la pobreza, pero sí dar la batalla contra la miseria, material y espiritual. Y esto no es angelismo, pues tenemos que comprometernos para que todo hombre y mujer tengan lo mínimo para vivir. Y es que el pobre es aquel que sobe que, por sí mismo, no puede vivir. Tiene necesidad de Dios y de los demás, para crecer. El rico es sobre todo el que no tiene necesidad de llamar ni al prójimo ni a Dios. Estos conceptos los soporta difícilmente nuestra sociedad para la cual Dios es tantas veces irrelevante. Por eso *Gaudium et Spes*, ese texto conciliar tan importante, nos invita a luchar contra la miseria, no contra la pobreza.

Vemos esto reflejado en el mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma del 2014 “Cristo, el Hijo eterno de Dios, siendo rico, se hizo pobre por nosotros...” “¡Qué gran misterio la encarnación de Dios!, dice el Papa; sin este misterio no se entiende la Eucaristía. La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino –dice san Pablo– “...para enriquecernos con su pobreza”. No es un juego de palabras ni una expresión para causar

sensación. Es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación.

“¿Qué es, pues, esta pobreza con la que Jesús nos libera y nos enriquece? Precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros, como el buen samaritano. Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que es superfluo para él con aparente piedad filantrópica. “El amor de Cristo no es eso” dice el Papa. Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente, necesitada de perdón, entre nosotros pecadores, y cargar con el peso de nuestros pecados. Este es el camino que ha elegido para consolarnos, salvarnos, liberarnos de nuestra miseria. Lo sorprendente es juntamente lo que dice el Apóstol: Cristo no nos salvó por su riqueza, que era y es mucha e inalcanzable, sino por medio de su pobreza. Es, pues, una “rica pobreza” o una “pobre riqueza” su misericordia, que Cristo nos invita a compartir con Él: su espíritu filial y fraterno, convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito.

Entendemos así que la única verdadera tristeza esté en no ser santos (L. Bloy); de modo que podemos decir también –concluye el santo Padre- que hay una única verdadera miseria: no vivir como hijos de Dios y hermanos de Cristo. Hermanos: en esta fiesta de Corpus es preciso subrayar que el cristianismo no es una moral, pero tiene, y muchas, consecuencias morales. Nosotros vivimos de la vida de Cristo; no podemos caminar sin la compañía de Cristo, luz, verdad y vida. Después de su encuentro con Jesús, un verdadero cristiano cambia su comportamiento para con los demás.

Claro: sabe que Dios ha amado tanto al mundo que por ello ha enviado a su Hijo para que todo el que cree en Él sea salvado y tenga vida eterna. El amor constituye el mismo ser de Dios. ¡Qué se entiende aquello de san Agustín: “Tú ves la Trinidad cuando ves la caridad”! La celebración de esta caridad de Cristo quiera Dios que la experimentemos en esta celebración de la Eucaristía en nuestro venerable rito hispano-mozárabe, en este Jueves tan especial para la ciudad de Toledo, pues forma parte de nuestras señas de identidad. En espera del día del Corpus el próximo domingo, vivamos la presencia de Jesucristo en la Misa y en la Procesión por nuestras calles. Tan importante es esta presencia, que desde hace tantos siglos esta ciudad vuelca todo lo más grande que posee para recibir al Santísimo Sacramento. Y encargó al Maestro Enrique de Arfe que la custodia de la Reina Católica la enmarcara en su propia filigrana hecha Custodia donde poner a Cristo y que constituye el mejor espacio donde albergar al que se quiso quedar siempre con nosotros.

ALOCUCIÓN EN LA PLAZA DE ZOCODOVER

Llegados a Zocodover, nos detenemos en nuestro caminar con el Señor Sacramentado por calles y plazas de Toledo. Reflexionamos admirados, al comprobar, hermanos, que en la fiesta del Corpus Christi vuelve a proponernos la Iglesia el misterio del Jueves Santo, pero esta vez a la luz de la resurrección. También en el Jueves de la Cena del Señor hacemos una procesión eucarística hasta el llamado Monumento. Pero ese día es como si acompañáramos a Jesús del Cenáculo al monte de los Olivos.

De este modo, en aquella noche del Jueves Santo, Jesús sale y se entrega en manos del traidor, del exterminador y precisamente de este modo vence la noche, vence las tinieblas del mal. Sólo así el don de la Eucaristía, instituida en el cenáculo, se realiza en plenitud: Jesús da realmente su cuerpo y su sangre. Cruzando el umbral de la muerte, se convierte en Pan vivo, verdadero maná, alimento inagotable a lo largo de los siglos.

En la fiesta del Corpus Christi reanudamos esa procesión del Jueves Santo, pero con la alegría de la Resurrección. Ahora el Señor ha resucitado y va delante de nosotros. Es su presencia gloriosa de Jesucristo en medio de su Pueblo. Por eso responde más bien, y de modo simbólico, al mandato del Resucitado a las mujeres: “No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán” (Mt 28, 10). Pero, además, Jesús dijo a los once Apóstoles, ya en Galilea: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19). No es un ir cualquiera: se trata de enseñar a guardar todo lo que Jesús nos ha mandado. Pero siempre sabiendo aquellas increíbles palabras de Jesús: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20).

Ciertamente, la Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor instituyó este sacramento en el Cenáculo, rodeado de su nueva familia, por los doce Apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos.

Sin embargo, partiendo de esta intimidad, que es don personalísimo del Señor, la fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de las paredes de nuestras iglesias. En este sacramento el Señor está siempre en camino hacia el mundo. Este aspecto universal de la presencia eucarística se aprecia en la procesión de nuestra fiesta. Llevamos a Cristo, presente en la figura del pan, por las calles de nuestras ciudades y pueblos. Encomendamos estas calles y plazas, estas casas, nuestra vida diaria, a su bondad. Que nuestras calles sean calles también de Jesús. Que nuestras casas sean casas para Él. Que nuestra vida esté impregnada de su presencia.

Cristo va ciertamente en la Custodia, que hoy brilla con especial resplandor; es puesto también con este gesto ante los ojos del sufrimiento de los enfermos, la soledad de los jóvenes y ancianos, las tentaciones, los miedos nuestros. Pero

ante la alegría del amor de los niños, de los padres, el esfuerzo por una vida más justa, más amable, más acogedora. La procesión de Cristo por las calles es una llamada fuerte a salir de nosotros mismos, a acercarnos a los que sufren, a los que perdonan, a los que trabajan por el bien común, por la casa común que es nuestra Tierra; quiere asimismo ser una gran bendición para nuestras ciudades y pueblos: Cristo es, en persona, no la Custodia, la bendición divina para el mundo.

Comer este pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Y este acto de “comer”, es realmente un encuentro entre dos personas, es dejarse penetrar por la vida de Aquel que es el Señor, Aquel que es mi Creador y Redentor. Este comer tiene una finalidad: transfigurarme y configurarme con Aquel que es amor vivo, vivir su amor de misericordia y llevar esta misericordia a todos los que nos rodean.

María, la Madre del Señor, nos enseña lo que significa entrar en comunión con Cristo: Ella dio su carne, su sangre a Jesús y se convirtió en la humilde tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en espíritu por su presencia. Pidámosle a Ella que nos ayude a seguir fielmente a Cristo, día a día, por los caminos de nuestra vida. Que su bendición descienda sobre todos nosotros.

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia presentada por Da Concepción García Carrillo, junto con las Constituciones del Instituto Secular de derecho diocesano “COR IESU”, erigido canónicamente en la Archidiócesis de Valladolid con fecha del 25 de diciembre de 2015, solicitando el reconocimiento canónico del mismo en esta Archidiócesis de Toledo, para ejercer sus trabajos de apostolado conforme a su carisma fundacional, por el presente,

DECRETO

El reconocimiento del Instituto Secular de derecho diocesano «COR IESU», conforme a sus Constituciones vigentes, y concedemos nuestra autorización para ejercer su apostolado específico en esta Archidiócesis de Toledo.

Dese traslado del presente Decreto al Instituto, junto con las Constituciones debidamente compulsadas y de los que un ejemplar se depositará en la Secretaría General de esta Curia Diocesana.

Dado en Toledo, a 17 de mayo de 2016.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Nos, Doctor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que nos presenta la Cofradía del «Santísimo Sacramento», erigida canónicamente el día dieciséis de abril de dos mil dos, y con domicilio social en la calle Agustín García Villajos, 14, de la parroquia de

“Santiago de la Espada” de QUINTANAR DE LA ORDEN (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determina el objetivo social de la Cofradía, y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente,

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Cofradía del «Santísimo Sacramento» de QUINTANAR DE LA ORDEN (Toledo), según la nueva redacción aprobada en Asamblea General Ordinaria celebrada el 9 de mayo de 2016 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Cofradía ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar el culto y adoración al Santísimo Sacramento, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Cofradía un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 18 de mayo de 2016.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

II. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 25 de mayo:

-D. José Ángel Jiménez Frutos, confesor ordinario del Convento de San Pablo, de Religiosas Jerónimas, de Toledo.

III. VISITA PASTORAL

ARCIPRESTAZGO DE MORA

Del 13 de febrero al 13 de marzo de 2016

Durante los meses de febrero y marzo el Sr. Arzobispo D. Braulio Rodríguez Plaza con la ayuda del Sr. Obispo Auxiliar D. Ángel Fernández Collado, han realizado Visita Pastoral a las parroquias que comprenden el Arciprestazgo de Mora (*“San Antonio Abad”* de Almonacid de Toledo, *“Santo Domingo de Silos”* de Villaminaya, *“Santa María Magdalena”* de Mascaraque, *“Ntra. Sra. de la Asunción”* de Manzaneque, *“Santa María de Altagracia”* de Mora, *“Santa Ana”* de Villanueva de Bogas y *“Santa. María Magdalena”* de Villamuelas). La visita pastoral comenzó el día 13 de febrero con el rezo de las Vísperas la capilla del Colegio de las Teresianas de Mora y con una abundante participación de muchos fieles de las diferentes parroquias que comprenden este arciprestazgo.

Fueron visitadas todas las entidades y acciones parroquiales (Caritas, Manos Unidas, Consejos Parroquiales, Catequesis, Hermandades, Coros, Grupos, etc.), así como los colegios e institutos en su asignatura de religión católica. Durante estos días se realizó la visita y oración por los difuntos en los cementerios municipales de cada población la misa estacional y una oración especial con los jóvenes que fue presidida por el Sr. Arzobispo en el monasterio de las Hermanas María Stella Matutina que residen junto a la ermita de la Virgen de la Oliva en Almonacid de Toledo. Igualmente el Sr. Obispo Auxiliar D. Ángel Fernández Collado fue el encargado de pregonar, en un acto religioso-cultural, las solemnidades de Semana Santa de la parroquia de Villanueva de Bogas.

También los Sres. Obispos han visitado y acompañado algunos de los enfermos en sus casas y en las residencias de ancianos, visita de mucho agrado tanto por el enfermo como por las familias.

Se ha tenido la visita de cortesía a las autoridades civiles en los respectivos Ayuntamientos y alguna visita a las autoridades militares que guardan el orden de la localidad (Guardia Civil).

Se realizó, en la parroquia de Mora, un acto presidido por el Sr. Arzobispo de la primera confesión de los niños y niñas que en el próximo mes de mayo recibirán por vez primera a la Eucaristía y una charla formativa a los padres y madres de los mismos.

Los Sres. Obispos han revisado y firmado los libros parroquiales, han visitado las instalaciones muebles y alguna de la Residencias de Mayores tanto parroquiales, privadas como estatales y han comprado que todo está en orden,

aunque se deben hacer pequeños arreglos de manteniendo y en parroquia de Mora la construcción de un nuevo centro parroquial y casa rectoral.

Fue clausurada la Visita Pastoral el 13 de marzo con una Eucarística (Misa) Solemne en la parroquia de Mora donde sacerdotes y fieles de los parroquia de este arciprestazgo, junto con el Sr. Arzobispo que presidio y el Sr. Obispo Auxiliar, pudieron dar gracias al Señor y a la Virgen María por estos días de bendición.

En la revisión que los sacerdotes con el Sr. Arzobispo, el Sr. Obispo Auxiliar y el Vicario Episcopal de Zona han llevado a cabo una vez finalizada la Visita Pastoral, han comentado la preocupación por la falta de niños para la primera comunión, la dificultad que existe en estas parroquias para realizar grupos de jóvenes pues los chicos una vez finalizado sus estudios de secundaria marchan fuera para la universidad o buscan puesto de trabajo, también la demanda de muchas actividades extraescolares dificulta la pertenencia en los grupos. Otro tema de preocupación es el acondicionamiento social que no ayuda a unirse a la vida parroquial de la Iglesia. En esto el Sr. Arzobispo les exhorta a que creen espacios para que el adolescente y jóvenes se puedan expresar y que aprovechen la piedad popular, que aún se dan en estas parroquias, para reconducir a nueva vida de fe. También el Sr. Obispo Auxiliar propone que la parroquia de Mora al ser la de más afluencia de fieles sea la que acoja y prepare, con un equipo arciprestal, un lugar ambientado donde los adolescentes y jóvenes puedan vivir su fe juntos, por lo menos una vez en mes.

El Sr. Arzobispo les insiste en que no olviden que para que se pueda dar un buen ambiente de vida de fe es importante trabajar mucho con las familias, las cuales son la semilla y raíz.

Para terminar los sacerdotes hacen una muy buena valoración de estos días de Visita Pastoral, pues los fieles les han manifestado que se han sentido muy cercanos a los Sres. Obispos y han podido comprobar que son sencillos, cargados de amor hacia ellos y no un superior sentado en una mesa de despacho sino alguien que conoce y desea conocer las necesidades y poder poner remedio a las mismas.

Se cierra esta acta de Visita Pastoral en Toledo a 13 de abril del año del Señor, año santo de la Misericordia, de 2016.